

## El cielo que escribe

No existen dudas de que mirar al cielo es una de las experiencias más majestuosas e íntimas que podamos vivenciar.

También es cierto que, en la superficie celeste, el hombre descifró regularidades y ciclos temporales a partir de los movimientos de sus astros y sus estrellas. Una finalidad práctica que, no pocas veces, suscitaba una lectura atenta y contemplativa, generadora de relatos míticos, de intrincadas cosmogonías, de reflexiones filosóficas o de ensalzados desbordes poéticos. El cielo, entonces, permitía (y permite) interpretar los signos sutiles, por un lado, y articular relatos y escrituras, por el otro.

El cielo no está en ningún lado, pero, al mismo tiempo, está ahí, distante. Es algo que no cambia y que tiene esta energía tranquilizadora. Siempre está ahí. Nos estremecemos ante su dimensión abismal, pero, también, el horizonte, que nos separa de él, es la frontera que nos conecta y que nos dice que el cielo nunca nos abandona, nunca nos abandonará. Es nuestra referencia indeleble, nuestro jalón incondicional. Un más allá que nos da la dimensión de nuestro acá.

Pero, como decía al principio, hay en el cielo este potencial de enhebrar textualidades y, al mismo tiempo, de analizar datos a partir de sus signos etéreos. Es, precisamente, este potencial el que Gabriela Golder despliega en su obra *52 tonos de azul* de manera inefable. ¿Cómo armonizar el entramado poético con el análisis de datos computacionales? ¿Cómo resguardar de los datos fríos -y no pocas veces arbitrarios- de la inteligencia artificial a este espacio absoluto, a fin de que la topografía infinita del cielo no deje de ser aquello que dé sentido a nuestro ser y estar?

En *52 tonos de azul* hay una operación computacional por la que algoritmos de redes neuronales analizan e interpretan cielos de diferentes lugares geográficos. Pero esta operación dista mucho de pretender arribar a conclusiones precisas -como sucede muchas veces en la visualización de datos. Tampoco busca exhibir datos impasibles y desangelados, sino que propone, por el contrario, un desbaratamiento del dato, al restituirlo de manera arbitraria en irreverentes combinaciones de textos que se van imprimiendo sobre las superficies celestes. El gesto poético le gana finalmente al dato aspiracional. Y así, al igual que al mirar las constelaciones o las nubes para urdir concatenaciones que pueden parecer arbitrarias, de la misma manera la obra se balancea en el interior de bases de datos, poéticamente construidas,

artificialmente amalgamadas, que construyen sus propios textos. Porque el arte es siempre artificio, decía Shklovski, y se trata, en definitiva, de desautomatizar la mirada. Es entonces que los textos de Von Humboldt danzan con los de Juan L. Ortiz, los de Paul Célán se balancean con los Marguerite Duras, los de Virginia Wolf confabulan con los de Erwin Panofsky, entre otros.

En tiempos de pandemia, el cielo, que es una bóveda que nos cobija, que nos ancla y que nos proyecta, adquiere una pregnancy rotunda y una fuerza redentora. Podría decirse, es un dispositivo de existencia. Nos basta con alzar los ojos al cielo, o contemplar los cielos que Gabriela Golder desenrolla, para conectarnos con el abismo que es a la vez morada e hito. Un espacio de cobijo que hace germinar textos a partir de antojos algorítmicos, sustentados en visualidades contingentes de cielos diversos, y que hilvanan combinaciones posibles de voces silenciosas -aquellas que anidan en el propio cielo, en los cielos de la obra.

Y, como en la antigüedad, *52 tonos de azul* nos propone volver al gesto liminar de mirar el cielo para encontrar sentidos sigilosos, que nos permitan situarnos existencialmente, y señales subrepticias, que nos sirvan para orientarnos y saber cuáles son los ciclos de siembra y cosecha, que nos sirvan para poder anclarnos y palpar con el fluir tenue de las palabras.

Mariela Yeregui, 2022